



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO



FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	006: DIFUSIÓN
CAJA	016
EXP.	065
DOC.	0001
FOJAS	1-7
FECHA (S)	1993

Presentación en INHA
el día 14 de oct de 1993

BFGC16K65D1F1

Townsend, Richard F. ed.- La Antigua América. El arte de los parajes sagrados

1a. ed. en español, Grupo Azabache 1993

1a. ed. en inglés, The Art Institute of Chicago, The Ancient Americas: Art from Sacred Landscapes.

En torno a la exposición y al libro sobre los parajes sagrados en la Antigua América, y algo acerca del orden en el arte olmeca.

Entre las numerosas publicaciones que se han realizado acerca de exposiciones de arte prehispánico -y no son pocas, ni las exposiciones ni los catálogos-, destaca de modo sorprendente esta que se llevara a cabo gracias al interés, la sensibilidad, y la sutil sabiduría del investigador Richard F. Townsend. Me refiero a la extraordinaria, por bien seleccionada, exposición, de aproximadamente tres mil objetos, que montó en el *Art Institute of Chicago*, para recordar, en los mismos tiempos del quinto centenario de la llegada de los españoles a América, los logros cimeros de nuestros antepasados prehispánicos.

Townsend es una figura intelectual destacada por sus investigaciones en torno al arte y a la cosmovisión de los mexicas, los vigorosos creadores de la cultura más tardía de las que constituyeron el universo que hoy nombramos Mesoamérica. Es, a la fecha, director del departamento de Africa, Oceanía y las Américas del ya mencionado *Art Institute of Chicago* y es autor de dos libros fundamentales en su área de estudio: *State and Cosmos in the Art of Tenochtitlan*, tesis doctoral publicada por Dumbarton Oaks, la reconocida institución norteamericana, y *The Aztecs*, libro que viera su primera luz de manera casi contemporánea a la exposición y, a la publicación en las cuales puso tanto empeño. La dicha exposición se mostró en Chicago, de octubre de 1992 a

enero de 1993; en el *Museum of Fine Arts* de Houston, de febrero a abril de 1993, y en *Los Angeles County Museum* de junio a agosto de éste mismo año.

El libro que hoy presenta el Grupo Azabache de México, da cuenta cabal de un proceso formal cuidadosamente iniciado en 1988 por Townsend, cuando reunió en el Art Institute de Chicago al grupo de especialistas que habría de contribuir, con sus ensayos, para dar forma al texto que explicaría el sentido de la exposición. De hecho, fue una reunión de planeación en la cual se discutieron los objetivos de la exposición y los medios para alcanzarlos. Así, la mencionada exposición no sólo tenía un tema ciertamente definido, que por entonces se nombró *Nuevo Mundo: Imágenes del Hombre y la Naturaleza en el Arte Precolombino*, y una rigurosa programación calendárica, sino, inclusive un manual de estilo y sugerencias para los ensayistas. El título de la exposición y del libro cambio con el tiempo por el de *La Antigua América. El Arte de los Parajes Sagrados*, que hace mayor justicia a su contenido, inmodificado en lo esencial.

Me ha parecido pertinente relatar, de modo breve y parcial, los antecedentes para aquilatar con justicia, lo que implica y lo que sostiene a una obra como la que ahora presentamos. Sólo el editor y coordinador general, así como su estrecha colaboradora Elizabeth P. Benson, saben de los esfuerzos e inquietudes del proceso interno. No es tan sólo el tiempo, aunque cinco años de trabajo son dignos de respeto, sino sobretodo la idea firme a desarrollar, la conveniencia del tema, la atinada selección de obras y de colaboradores destacados, y la necesaria constancia para salir adelante y con éxito. Todo ello se concretó en la exposición, excelente, pero efímera como todas; el libro, que hoy día tenemos en su versión española, es el agente portentoso de durabilidad, y el que asegura la permanencia de las obras expuestas, así como de los

enjundiosos estudios en torno a ellas. Townsend obtuvo la grata satisfacción de ver cumplido su deseo manifiesto desde un principio de verlo publicado en español. Ahora es posible extender el significado de la exposición, el contenido de los textos, y la visión de tantas obras portentosas, ya que así se alcanza tanto al público que habla inglés, como al no menos numeroso, de habla española.

Los afanes y los días gastados en el esfuerzo individual y de conjunto, se ven justamente satisfechos en este libro inigualable. Lo digo con plena convicción, no se ha publicado, a la fecha un volumen sobre arte prehispánico -las imágenes son todas objetos de arte visual- que integre las complejas y variadas cosmovisiones de los pueblos que antiguamente habitaron lo que se habría de llamar América.

Una dimensión radical distingue al libro que comentamos: la de mostrar como se expresan -cuales son sus signos, cuales sus símbolos, de que lenguaje visual se valieron- las visiones que del mundo tenían los pueblos que vivieron en éste continente antes de la llegada de los españoles. Así, se da cuenta, siempre a través de las obras de arte, de la unión conceptual que hombre y naturaleza tuvieron en esos tiempos remotos. Pero, me parece, que la originalidad estriba, de manera sustancial, en mostrar al hombre, a la obra por él creada y a su interacción con su universo natural, en toda la extensión del continente americano. De tal manera que el asombro, siempre presente, no se limita a las creencias y a las creaciones de Mesoamérica y del mundo andino, sino que abarca también -y el asombro se acrecienta-, a las de el sudoeste de Estados Unidos y de la Centroamérica actual. Un continente plural pero articulado en lo que de suyo le es radical, diferente y original.

Esto es, me parece, la idea fundamental de este libro, repito, inigualable, y que está dicho de modo más

amplio por Townsend en el artículo que lleva por título "Paisaje y Símbolo". El autor asevera que el "vasto repertorio de lenguajes visuales" se conoce por su presencia en los sitios arqueológicos y en numerosos museos de América y de Europa; lo que se desconoce es, de una parte, "el significado de las escenas rituales y las representaciones de acontecimientos míticos e históricos" y, de otra, "las relaciones entre arquitectura, escultura y entorno natural". En tiempos recientes, durante la última década, "las investigaciones de académicos de diversas disciplinas se han dedicado a la interpretación del arte y de la arquitectura de los amerindios, en un esfuerzo por comprender las estructuras más profundas de expresión visual.... Dichas investigaciones han revelado la presencia de un tema ampliamente compartido por muchas tradiciones sociales y culturales tempranas. Las artes se apoyan en un orden subyacente que se deriva de la manera en que estos pueblos percibieron y usaron el paisaje y lo transformaron simbólicamente... Así, dicho principio se observa por igual tanto en los monumentos de las civilizaciones urbanas más complejas, como en las expresiones artísticas de comunidades agrícolas o de tribus cazadoras, cuyas raíces se remontan a un horizonte desconocido en la cultura paleolítica" (p.29).

De modo tal que, la espléndida exposición y el libro que conjuntamente se gestó y vió la luz, se dirigieron, en lo primordial, a iluminar acerca de temas que se encuentran, de suyo, en la base de la cultura universal: el lugar que el hombre ocupa en su dimensión y entorno natural, y los recursos simbólicos que crea para expresarlo y comprenderlo. Dicho de otro modo, cual es el lugar que tiene el hombre en la naturaleza, que le significa, y como se relaciona con ella.

Asuntos que se insertan en problemas humanos de estructura universal; soluciones específicas en su dimensión particular. Los pueblos de la Antigua América

confrontaron, al igual que otros, los retos inherentes a su existencia, pero, a diferencia de otros, les dieron respuestas culturales propias. Cada una en relación a su entorno y circunstancias específicas, y todas, en las Américas, articuladas por una especie de hilo conductor que no es otro, que el mismo que se inscribe en la capacidad creativa del hombre.

Libro de arte precolombino es, sin duda, el que hoy da a conocer al mundo de habla española el Grupo Azabache, pero también es, sobremanera, testigo fiel de los variados modos de comprensión que tuvo, para con sus ancestros durante los tres milenios antes de la llegada de los españoles a este continente, un afortunado grupo de estudiosos que puedo compartir con un público amplio, sus experiencias en las vísperas del siglo XXI.

Se me pidió, apenas recientemente, que comentara mi artículo en el libro que presentamos; su título es "Orden y naturaleza en el arte olmeca". Por ello, seré breve: digó ahí que mi interés principal por muchos años ha sido la escultura monumental. En ella encuentro que el tema radical, es esencialmente homocéntrico. Pero que en un afán de incorporar todos los asuntos representados, se pueden discernir tres grandes conjuntos temáticos.

Al primero lo he llamado de las imágenes míticas y son las que exhiben, precisamente, los mitos que explican la creación del hombre y del universo como un proceso sagrado de transformación. Así, algunas esculturas, hoy lamentablemente muy destruídas, representan la unión primordial entre lo masculino y lo femenino; en otras como es el caso de los mal llamados "altares", (se supone actualmente que se trata de tronos) se hace referencia a un mito de origen del pueblo olmeca, cuando un héroe ancestral emerge de la matriz de la tierra; otras más -como la renombrada escultura de Las Limas- concretizan en sus formas prodigiosas un acto de ofrenda y de renovación que

asegura la regeneración de la tierra y el comienzo del ciclo cósmico-vital.

Un segundo grupo temático se constituye por imágenes, siempre únicas, que incorporan a su aspecto humano, uno o varios rasgos de animales, así como trazos imaginarios o fantásticos. Lo he llamado de seres sobrenaturales y son cómo metáforas visuales cuyos rasgos humanos y animales nos remiten a una dimensión de la existencia que trasciende la de la realidad visual. En este conjunto se integran los seres o monstruos jaguares y los niños jaguares, los cuales se reconocen lo mismo en pequeñas y primorosas esculturas que en las colosales tallas de basalto.

El tercer grupo se integra por las figuras humanas, cuya representación naturalista contrasta con las de los grupos antes dichos. Aquí me refiero a varios modos de figurar al hombre. En un de ello se le trata como un ser que se mueve sólo bajo protección sobrenatural, así ocurre en las estelas de La Venta; en otra manera expresiva se le representa carente de rasgos que lo individualicen, como en las esculturas de "El Príncipe" de Cruz del Milagro y de Cuauhtotolapan.

A este tercer grupo se incorpora, también, y se trata de otro modo de expresión, las afamadas Cabezas Colosales, único en la historia del arte universal. Se conocen 16 de ellas completas: 9 proceden de San Lorenzo, 4 de La Venta y 3 de Tres Zapotes y de sus inmediaciones. Aunque representan un tipo racial idealizado, cada una tiene su propia expresión, los rasgos son sutilmente diferentes, y varían los diseños y los símbolos que decoran los tocados y pendientes que cada uno lleva. Estas diferencias son signos de individualidad y demuestran que las Cabezas Colosales son retratos. Retratos de gobernantes, con sus característicos ojos estrábicos que revelan su anímico estado de trance. Pero son, además, el símbolo de los poderes creadores, del pensamiento y, de la capacidad

humana de comulgar con las fuerzas sobrenaturales que determinaban su ciclo vital; esas mismas fuerzas que le resultaban por encima de su comprensión y que residían en la naturaleza que le era, por otra parte, cotidiana.

Las esculturas monumentales de la región olmeca metropolitana (entre 1200 y 800 a, de C.) revelan en su precisa estructura formal que, en un nivel simbólico expresan la concepción armónica con la naturaleza. Ello se mira en la búsqueda del equilibrio, la unidad y la proporción de la figura humana y en la estructuración de formas conforma a patrones geométricos.

La proporción armónica existe en todos los organismos: animales, plantas, seres humanos. Las imágenes olmecas talladas siguiendo esa proporción son, por consiguiente, ecos de una identidad, de un sentido de equilibrio y de correspondencia con los seres vivos que vemos y experimentamos en el medio ambiente natural. Sugieren, también, y de manera automática, la comprensión del orden subyacente en la naturaleza.

Beatriz de la Fuente

Ciudad Universitaria, a 14 de octubre de 1993.